LOS XERONIANOS DEL UNIVERSO

LIBRO I -EL GUERRERO DEL SOL

Título: Los Xeronianos del Universo Libro I- El Guerrero del Sol
Autor: Sebastián Ibarra Valladares
Diseño de cubierta: Sebastián Ibarra Valladares**,** Olivia Ortiz
Corrección realizada por Edward Sosa, Olivia Ortiz

Copyright © 2024
ISBN: 9798335672870

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la copia parcial o total de esta obra sin la autorización del autor.
Para más información sobre la obra y el autor visita:
@sebastianibarraescritor
Sebastián Ibarra Valladares



El bien y el mal no tienen nada que
ver con los dioses. Tiene que ver con nosotros.

Matthew Woodring Stover

PREFACIO

LA GRAN BATALLA DEL CIELO

LA CREACIÓN

Antes de que existiese un universo, los mundos, los seres vivos y cualquier concepto del bien y del mal, hubo una época en la que todo era caos y oscuridad. Un vacío imperante que no daba lugar al tiempo y al espacio. Sin embargo, un supremo creador originó vida a través de la nada. Para capitalizar tal labor, necesitó de un ayudante que heredara su poder, conteniendo la luz sobresaliente que encendiera a las demás y que derribase cualquier oscuridad por ser el representante de la luminiscencia del alba que mengua la negrura de la noche; casi tan perfecto como su creador, poderoso e inmaculado, que destellaba hermosura divina opacando cualquier perfección que pudiera llegar a existir posteriormente. Aquel lucero fue bautizado por el ser supremo con un nombre especial por ser la primera luz que alumbró el vacuo universo, y lo bañó en una belleza cósmica que ningún otro ser podría igualar. A esa estrella de la mañana, a esa incipiente creación, se le conoció por siempre con el nombre de… Lucifer.

Después de que Lucifer hubo sido creado, el ser supremo siguió adelante con su obra e hizo más entes celestiales dotados de gran poder, luz y sabiduría. Eran seres divinos, límpidos de pecado y perfectos en todo sentido, aunque nunca superaban el esplendor de Lucifer. Estas nuevas creaciones fueron hechas para servir y honrar a su creador ejecutando su voluntad. Los nuevos seres eran santos, dotados de los dones de la inmortalidad, poderosos, inteligentes y ebrios de la gloria de su padre; estaban hechos a la medida para que cumplieran cualquier mandato

que su amo y señor deseara. A estos seres se les ennobleció con el nombre de Ángeles, fieles mensajeros de Dios, quien además les dio un orden jerárquico para que pudieran realizar sus labores correctamente. A cada orden angelical la clasificó bajo el nombre de coros, los cuales estaban compuestos por nueve divisiones en total y subdivididas en tres clases:



Cada orden debía cumplir sus misiones de acuerdo con la jerarquía a la que pertenecía: el primer coro se encargaría de servir al padre, el segundo coro, al hijo y el tercer coro serían los intermediarios de los hombres que estaban próximos a nacer. Muchos ángeles sobresalieron, aparte de Lucifer, y poseían casi tanto poder y gloria como el portador de la luz. Fue así como nacieron Miguel, Rafael, Gabriel, Uriel, Metatrón y Vehuiah, entre otros. Lucifer, por su parte, era incomparablemente bello, dotado de una inteligencia sobresaliente y de magníficos poderes; era la luz de cada mañana, el portador de aquel fuego divino que iluminaba el recién creado universo y que, pese a ello, cumplía con estricto rigor las tareas encomendadas por su creador. Además, era poseedor de algo muy importante, algo que predominaba por encima de cualquier otro poder exis-

tente y que definió el concepto del bien y del mal: el libre albedrío. Lucifer, siendo un ser divino, sobresaliente en todo, sentía que algo escaseaba en su esencia; la capacidad de tener el libre albedrío a su disposición lo hacía alejarse de su creador y autoconvencerse cada vez más de que podría seguir un camino propio e independiente de Dios.

LA REBELION

Las ansias de poder de Lucifer lo llevaron a persuadirse de que podía ir más allá de las creaciones de Dios y que sería necesario intervenir cuando nacieran los primeros humanos en la tierra, puesto que tenía la intención de plantar la semilla del libre albedrío en la mente del hombre, para que así pudieran pensar de forma inteligente y les fuese permitido encontrar la lógica y las respuestas a cada plan del creador. No obstante, el creador esperaba ese comportamiento de su más maravillosa creación, porque él todo lo sabe y todo lo siente; no había nada que pudiera sorprenderlo. Así que, de una manera u otra, aguardó el momento en que su portador de la luz se mostrara como realmente era.

Dios, desde el primer momento, quería ante todo que cualquier ser lo adorase sin preguntarse antes por qué habría de hacerlo, que sus leyes se cumpliesen sin ser cuestionadas y que fueran aplicadas hasta el final de los tiempos. No obstante, como Lucifer portaba aquella luz inconmensurable de inteligencia, vio que la ley autoritaria de Dios rompía el equilibrio del libre pensamiento y así le hizo saber a su propio creador, quien iracundo, reprochó a su criatura por no seguir aquellas reglas que había impuesto para todos los seres, inclusive para los humanos que estaban próximos a nacer. Pese a ello, el plan de Dios seguía funcionando a la perfección; sabía que todo esto habría de suceder, sabía que su mejor obra se alzaría en su contra. Ahora era sólo cuestión de contemplar en qué forma se irían manifestando los sucesos que él mismo había atraído con sus pensamientos.

Transcurría el tiempo y Lucifer, al considerar la postura de su creador, empezó a levantarse y rebelarse contra Dios, porque el portador de la luz del alba poseía una clara noción de lo que era y de su enorme sabiduría. Estaba dispuesto a regalar el fuego del conocimiento a los seres humanos para que pudieran pensar, pero lo hizo siempre bajo un motivo

y una circunstancia, que era muy diferente de la visión que tenía su amo. Por esta razón, a muchos de los ángeles los persuadió de que adoptaran su idea de ver la vida y de que la razón es el equilibrio perfecto para los sentimientos. Como consecuencia, un gran número de seres celestiales fue convencido y siguió a quien consideraban el representante único del libre albedrío.

Miguel Arcángel, uno de los más cercanos al creador, espetó al ángel rebelde cuando este exponía su discurso frente al resto de sus compañeros.

—¿Qué haces, Lucifer? —inquirió Miguel al portador de la luz del alba—. Has abrazado el pecado de la soberbia y la vanidad, ¿y pretendes igualarte a nuestro padre?

—Bendito soy por la gracia del espíritu santo —respondió Lucifer por haber sido creado con la llave de la sabiduría del libre albedrío—, y es esa gracia la que me permitirá abrir la puerta al conocimiento y escaparme del encierro de la ignorancia. No he de igualarme al padre, sino de utilizar lo que él me ha heredado.

—Tu sobrevaloración de vuestra gracia ha de romper la armonía reinante en el cielo y sumirla en un profundo caos que repercutirá en la vida del hombre que está próximo a nacer. Deja de lado tu vanidad y sirve solo a tu creador —contestó Miguel.

—No me has entendido, Miguel. El libre albedrío es el poder por el cual los humanos han de guiar sus vidas, y yo debo ser aquel mensajero que les entregue dicha gracia. Soy el portador de la luz y sabiduría, soy el instrumento que utilizó el creador para ello, pero también soy un ser pensante y puedo crear al igual que él. Por algo nos ha inventado a partir de su pensamiento.

—No podré seguir vuestros pasos, Lucifer, y tu ideología me obliga a que guardemos distancia de nuestras posturas; harás que nuestros hermanos se enemisten y romperás el equilibrio. Os arrepentiréis de esto.

—¡Oh, Miguel! ¿Acaso no has pensado que su ojo que todo lo ve puede estar detrás de todo esto? ¿Por qué entonces Dios no detiene la terrible batalla? … Miguel, el libre pensamiento tal vez nos separe, pero no nos hace desleales; solo seremos un complemento que, unidos, conformará el gran universo.

Luego de una infructuosa conversación, Miguel vio cómo su esfuerzo por impedir la escisión de los ángeles quedaba en vano, mientras contemplaba como Lucifer seguía adelante en su camino y en su propósito. Ambos seres celestiales no se volverían a encontrar… hasta la primera Gran Batalla del Cielo.

LA BATALLA DEL CIELO

Lucifer seguía empecinado en mostrar al resto de los ángeles el nuevo conocimiento del libre albedrío, lo que provocó un cisma dentro de la orden celestial: entre quienes seguían la revolucionaria idea del portador de la luz y entre aquellos que preferían acatar las órdenes del creador, hasta que un día fue tal el quiebre y la división en el cielo, que los vientos de guerra aparecieron como una sombra terrorífica. El creador incitó a Lucifer a que demostrara su verdad y que probara ser un verdadero amo del universo. El ángel, seguro de sí mismo, desafió a su amo a que se enfrentasen, ya que prefería librar una gran batalla que seguir sirviendo a Dios y transformarse en un eterno peón; además, quería ser él quien entregara el poder del libre albedrío a los humanos que estaban próximos a nacer. Dios, ante el reto de Lucifer, tomó la drástica decisión de expulsar al ángel rebelde del Reino del Cielo e inmediatamente llamó a Miguel el Arcángel para que fuese el general del ejército celestial que combatiría a las fuerzas de Lucifer ante una guerra inminente. El odio ya se había extendido en el cielo y la armonía que perduraba entre los ángeles estaba hecha pedazos. La totalidad de seres celestiales se hallaba ahora dividido en dos grandes y poderosos ejércitos, irreconciliables entre sí y listos para el enfrentamiento que decidiría tanto el destino del reino como del futuro del universo.

Lucifer había conseguido lo que quería, y en algún lugar de la galaxia, reunió a todos sus seguidores para emprender el asalto final contra el ejército de Miguel y posteriormente derrocar al creador para alzarse como amo del universo. Para lograr su objetivo, organizó a la legión, seleccionando a sus cuatro grandes generales en la batalla al ver que estos eran sumamente poderosos y también muy leales a su causa. Estos eran Mefistófeles, Astaroth, Belcebú y Lucífugo, sirvientes directos que estarían a cargo de sus respectivas legiones, pero que contarían con la ayuda

de otro gran guerrero, fiero y despiadado en la batalla: ese era Satanachia, quien comandaría las huestes hacia la guerra.

El enfrentamiento entre los ángeles se acercaba a pasos agigantados, y Miguel, antes de partir a la guerra, le pidió a su creador que usara su autoridad para evitar la masacre entre hermanos. Sin embargo, Dios tenía sed de venganza. Herido en su orgullo al haber sido desafiado por su propia creación, le negó toda posibilidad al Arcángel de evitar la confrontación, ya que deseaba que Lucifer fuese odiado por toda la eternidad y que fuese visto como un ser maligno cuando nacieran los seres humanos, resaltando la gloria del creador por sobre todas las cosas. Así, apenado por la negativa, Miguel partió a la batalla para enfrentarse al que alguna vez fuera su compañero y amigo, mas ahora, obligado por el destino, le aguardaba en el bando contrario.

El ejército de Miguel estaba listo para marchar, y tampoco estaba solo en esta contienda, ya que, al igual que Lucifer, contaba con grandes aliados que le ayudarían a superar esta dura prueba que le había encomendado el creador: Vehuiah, el poderoso Serafín; los Arcángeles Gabriel, Rafael y Uriel y, por último, el solitario y fiero en combate Metatrón. Todos ellos, más el resto del ejército, se encaminaban hacia la gloria o la destrucción, no sin antes de recibir una emotiva arenga de Miguel.

—¡Hermanos míos! —gritaba Miguel—. Estamos a punto de salir a pelear en nuestra primera Batalla del Cielo, en donde nos enfrentaremos a quienes se han opuesto a la voluntad de nuestro señor y a la paz reinante en el universo. Desenvainad vuestras espadas de fuego, elevad vuestro poder al máximo y batid vuestras alas con más fuerza que nunca, porque Lucifer y sus secuaces están decididos a tomar el poder por la fuerza, y de nosotros depende que el universo mantenga el equilibrio entre el bien y el mal. En nosotros confían para que los seres humanos nazcan en un mundo lleno de paz y en la gloria del creador. Nuestro señor nos ha autorizado a luchar, así que marchemos todos a la guerra, marchemos por la gloria del cielo… ¡y marchemos para destruir al enemigo!

Y así fue como el divino ejército voló por los cielos para enfrentarse a Lucifer, y estos, a su vez, volaron para combatir a Miguel y sus ángeles. Ambas legiones llevaban hermosas y sólidas armaduras, estaban pulcramente decorados con bellos diamantes, armados con grandes e intimidantes espadas de fuego y arcos y flechas divinas; algunos incluso poseían

lanzas divinas como la de Miguel, arma decisiva que serviría en el futuro del destino de la humanidad.

El cielo, que alguna vez fue celeste, se tornó de un lúgubre gris y paulatinamente se transformó en un campo de batalla. Por un lado, la legión de ángeles rebeldes liderados por Lucifer, quien hacía su llegada resguardado por Mefistófeles, Astaroth, Belcebú y Lucífugo, acompañados a su vez por las huestes guerreras comandadas por el general Satanachia; por el lado contrario, Miguel, ayudado por sus aliados Gabriel, Rafael y Uriel, los serafines liderados por Vehuiah y el orgulloso, solitario y valiente guerrero Metatrón, quien era el encargado de guiar a los ángeles en la guerra.

Las tropas estaban listas. Frente a frente, los ojos de Miguel y Lucifer chocaban pese a la distancia que los separaba, pero ya no había marcha atrás; el destino ya estaba escrito, y al primer grito de ataque de Miguel y Lucifer, los comandantes Metatrón y Satanachia ordenaron respectivamente el avance de sus guerreros para el enfrentamiento decisivo.

Ambos ejércitos colisionaron de forma violenta y cada una de las huestes hizo gala de su gran conocimiento de la guerra, sacando sus armas y exhibiendo sus más terribles poderes de ataque. Los contendientes trataron en lo posible de aplicar sus estrategias de combate, pero el enfrentamiento era demasiado terrible como para usarlas contra enemigos tan poderosos. Las tropas de Miguel se mostraron firmes ante los decididos embates de los ángeles rebeldes de Lucifer, quienes estaban dispuestos a tomarse el cielo y derrocar a Dios.

La batalla se prolongó por mucho tiempo. Gabriel, Rafael y Uriel se enfrentaban a Astaroth, Belcebú y Lucífugo, respectivamente, mientras que, por otro lado, Metatrón hacía caso omiso de las advertencias de Vehuiah y luchaba solo contra la cólera de los enemigos, quienes terminaban cayendo ante el poder del orgulloso guerrero. Mefistófeles, quien siempre tuvo rivalidad con Metatrón, aprovechó el momento para enfrentarse a este. Ambos se arrojaron enormes poderes, pero era en vano por el amplio conocimiento que poseían el uno sobre el otro, hasta que fue necesario el reto cuerpo a cuerpo y con armas en mano. Repentinamente, Metatrón logra esquivar uno de los golpes de Mefistófeles y tumba al ángel rebelde a tierra. En ese instante, como arma de chantaje, Mefistófeles le dice algo al guerrero, logrando desconcertarlo:

—¿Acaso crees que derrotándonos impedirán que marquemos el destino del universo para siempre y el de la futura humanidad? —preguntó venenosamente Mefistófeles.

—No me interesan tus mentiras —respondió Metatrón—. Te arrojaremos fuera del reino de Dios para que tanto tú como tus camaradas y tu líder Lucifer perezcan por toda la eternidad.

—Es que no seremos nosotros quienes hagan esa tarea de marcar el destino. Será otro quien salve a la humanidad y complete la labor que empezó Lucifer: su hijo.

—¿Qué estás diciendo, Mefistófeles? —inquirió iracundo Metatrón—. El único hijo que salvará a la humanidad de los pecados nacerá miles de años después dentro del vientre de una madre virgen.

—Que ingenuo eres, Metatrón, pensé que eras más astuto, ¿o acaso Lucifer no es un ser inteligente y sabio, capaz de adelantarse a los acontecimientos? Él ya sabía que Dios tiene un puesto reservado en el cielo para su hijo, por eso, aprovechando que también tiene poderes del espíritu santo, pudo crear un alma que se insertará en el cuerpo de un ser humano para que, cuando llegue el final de los tiempos, contrarreste el poder del hijo de Dios, lleve a la humanidad al libre albedrío y vuelque a toda la creación en contra del creador. Nadie podrá impedirlo y tú serás testigo de cómo él acabará con el gobierno de Dios.

Metatrón quedó impactado ante tal revelación, inundado por un mar de dudas sobre lo que debía hacer, ya que, leyendo los pensamientos de Mefistófeles, sabía que no mentía y que la posibilidad de que Lucifer engendrase a un ser maligno que aparecería al final de los tiempos era muy probable. Debido a ello, decidió abandonar a Mefistófeles después de derribarlo y robar su guadaña para buscar inmediatamente a Lucifer.

En otro lugar de la batalla, dos guerreros sobresalían de la muchedumbre, enfrentándose por el dominio del cielo sin darse tregua. Esos terribles enemigos eran Miguel y Lucifer, quienes seguían en pie protagonizando un dantesco espectáculo mientras los relámpagos danzaban furiosos y el rugir de los truenos era tan potente como los poderes que se arrojaban los combatientes. Miguel lanzó un poderoso ataque y Lucifer arrojó el suyo, haciendo que ambas energías se suspendieran en una enorme esfera en medio de ambos rivales, esperando a que uno de los

dos cediera y cayera derrotado. Lucifer, lleno de odio, trató de intimidar a Miguel.

—Te equivocaste, Miguel. Ahora solo serás un esclavo de Dios y tarde o temprano verás cómo él traiciona a todos sus elegidos… y también lo hará con su propio hijo.

—No me tentarás, Lucifer, tus mentiras solo son fruto de tu paranoia… ahora recibe mi poder, ¡y húndete en tu soberbia!

Miguel reunió todas sus fuerzas y logró empujar la energía hacia Lucifer, quien alcanzó a esquivarlo antes de ser golpeado. La energía siguió su curso y acabó con varios oponentes que estaban cerca de él. En ese instante, ambos se lanzaron con sus respectivas armas a un último embate, cuyo resultado decidiría el destino del universo y de la futura humanidad. Las armas, al golpearse mutuamente, produjeron un sonido ensordecedor, destelleando una cegadora luz que además despedía fuego al momento del impacto. El cielo retumbaba y parecía caerse por pedazos al ser un escenario donde los dos guerreros y un enorme ejército detrás de ellos luchaban a muerte por la hegemonía, por el libre albedrío, por la autoridad de Dios. Era el ahora o nunca, el momento decisivo.

—Hasta nunca —maldecía Lucifer con el fuego del infierno en sus ojos, aprovechando que Miguel había sido derribado lejos de su arma, perdiéndola—. Alguna vez fuiste mi amigo, pero ahora estás en mi contra. ¡Así que muere!

Y Miguel, jugándose la última carta que tenía, logró incorporarse y con habilidad esquivó el ataque de Lucifer, para luego arrebatarle su arma, la lanza divina, clavándola en el pecho del que alguna vez había sido el portador de luz. Lucifer caía vencido al fin; su rebelión le había costado muy caro y veía con rabia cómo Dios se reía —en algún lugar— en su propia cara. Su castigo ya era un hecho y su nombre sería mancillado por toda la eternidad.

Repentinamente, algo inesperado sucedió. Debajo del cielo se abrió un inmenso portal, la puerta hacia el abismo, que aguardaba a los ángeles caídos en desgracia para su castigo eterno. Mefistófeles, Astaroth, Belcebú y Lucífugo habían sido también derrotados y humillados, mientras que Satanachia estaba acorralado, no pudiendo hacer nada contra Vehuiah y sus poderosos Serafines. Gabriel, Rafael, Uriel y varios ángeles

vencedores se colocaron al lado de un exhausto Miguel, preparándose para la expulsión del reino de Dios de los aliados de Lucifer.

Los ángeles caídos estaban listos para ser arrojados al aciago castigo y algunos incluso pidieron clemencia, rindiéndose en el acto, para evitar la condena de Dios; no obstante, algo ocurrió en ese instante que los interrumpió. Cuando Miguel se aprestaba a lanzar al derrotado Lucifer, se interpuso Metatrón para evitarle cumplir dicha tarea, no sin antes exigir al ex-portador de la luz que revelase a dónde envió el alma del hijo que había creado con el espíritu santo. Sin embargo, Lucifer, hasta en sus últimos minutos de gracia divina, se mostró desafiante.

—¿Así que Mefistófeles te contó acerca de mi plan? Pues bien, si quieres saber a dónde fue el alma, tendrás que viajar por los mundos que han estado a mi cargo y averiguarlo por ti mismo. Deberás entrar en el portal y descender al reino de los mortales para encontrar el cuerpo donde reposa dicha alma hasta que llegue el final de los tiempos.

—No prestéis atención a las palabras de este mentiroso —ordenaba Miguel a Metatrón—. Solo utiliza sus mentiras para engañarte y crear confusión en tu mente. Además, la orden de nuestro señor ha sido la de expulsar del reino a los ángeles caídos y no debes desobedecerlo.

—No podemos arriesgarnos a que el plan de Lucifer se cumpla, Miguel —respondía Metatrón—. Los humanos padecerán tribulaciones si los demonios logran entrar a su nuevo mundo.

—Es la voluntad de nuestro señor, Metatrón, no puedes desobedecerlo.

—Tienes tú también el poder del libre albedrío —le incitaba Lucifer—. Puedes usarlo sin lugar a duda, no debes ser siempre un esclavo como Miguel. Dios ha sabido esto desde un principio y lo que vendrá a futuro, así que rompe estas cadenas de la indecisión, ¡y haz lo que tengas que hacer, Metatrón!

Metatrón, en ese momento, sentía una vorágine de pensamientos en su cabeza mientras veía cómo el pozo negro que conducía hacia otra dimensión giraba rápidamente a la par que sus compañeros se aprestaban a arrojar ahí a los ángeles vencidos. Sus sentimientos estaban en conflicto y, por instinto, sabía que tanto Mefistófeles como Lucifer no mentían y que había que hacer lo que fuere con tal de evitar que el hijo del antaño

portador de la luz despertase y sometiera a la humanidad en la más profunda oscuridad. Ahí fue cuando se produjo el momento decisivo: Miguel, sin esperar más, arroja el cuerpo malherido de Lucifer, quien de esta forma se convertía en el primer ángel rebelde en caer en desgracia, presto a recibir el castigo de Dios. Todos los presentes miraban con tristeza cómo el lucero que encendió el universo, el ser más hermoso, inteligente y poderoso, caía a las profundidades tal como aquella hoja marchita en época de triste otoño. Ahora era el primer castigado, el primer ser odiado, el primer enemigo, al que los humanos, específicamente los del pueblo árabe, bautizarían como «*Shaitan*» y que más tarde se vulgarizaría como Satán, es decir, el enemigo o adversario. Tanto los secuaces de Lucifer como Mefistófeles, Astaroth, Lucífugo, Belcebú y Satanachia, entre otros, siguieron el mismo destino de su líder. Fue allí cuando Metatrón insistió por última vez, estando dispuesto a todo, incluso a renunciar a su gloria celestial.

—¡Miguel, debemos buscar el alma ahora! Lucifer no ha mentido, y aquel espíritu viajará al reino de los mortales.

—¿Es que acaso Lucifer ha conseguido corromperte? Escucha tu esencia y sabrás que solo nuestro señor es la verdad y únicamente él sabe las cosas que está haciendo.

—Lucifer ha hecho lo mismo con Mefistófeles, Astaroth, Lucífugo, Belcebú, Satanachia y el resto de nuestros hermanos —agregó Vehuiah—. Los ha engañado colocándolos en nuestra contra. No ennegrezcas tu alma del mismo color de aquel abismo infinito, o sufrirás el mismo destino que ellos.

—Ustedes no me dejan alternativa —respondió Metatrón—. Si la misericordia y sabiduría de Dios es tan infinita como este universo, entonces sabrá comprender lo que estoy haciendo.

Metatrón se lanzó dentro del enorme portal ante la mirada atónita de sus compañeros, quienes no comprendían por qué el orgulloso guerrero había decidido obedecer a su libre albedrío y no a Dios. Miguel solo atinó a analizar lo ocurrido en sus pensamientos y enterrar sus sentimientos. El pozo comenzaba a cerrarse por la mano de Dios y ya los ángeles rebeldes habían sido todos arrojados. Solo quedaban los leales al creador y el cielo comenzaba a iluminarse nuevamente. La Batalla del Cielo había terminado, pero el ánimo de los ángeles guerreros estaba lejos de ser de

felicidad. Un inmenso halo de tristeza reinaba sobre ellos, porque la gloria de Dios se había salvado, pero a costa de la pérdida de muchos hermanos, incluyendo la luz del universo, que ahora se ha apagado para siempre.

LOS PRIMEROS CONFLICTOS

Los ángeles que siguieron a Lucifer fueron exonerados de la gracia celestial, en espera del castigo correspondiente por rebelarse contra Dios. Era triste ver cómo aquellos seres, otrora llenos de luz, ahora lucían vacíos, seres mustios que caían en desgracia, consumidos por el orgullo y privados de la gloria divina que alguna vez el creador les había otorgado.

Mientras Lucifer se hundía estrepitosamente hacia los abismos, era el único ser celestial que mantenía intacta su gloria, tal vez fuera por ser el primero que se rebeló contra Dios, o bien porque su luz del alba era tan grande que ni la oscuridad de las tinieblas lograba opacar su semblanza. Y como su poder era tan inmaculado como vigoroso, vio mientras caía que algo inmenso y nuevo se presentaba ante sus ojos; era algo así como un nuevo hábitat, un nuevo refugio para los seres que estaban próximos a venir. Debido a la complejidad de la obra, se entendía que solo un ser con el poder de un dios podría haber hecho algo tan perfecto: era un planeta, un cuerpo celeste dotado de paisajes, oxígeno para respirar y vegetación, entre otras muchas cosas hermosas dignas para servir de morada. Lucifer, al ver esto, comprendió que tal vez Dios hizo su obra mientras se libraba la batalla en el cielo, pero la pregunta es: ¿por qué? ¿Acaso esto existía mientras él era un ángel de Dios? ¿Este cuerpo celeste ya estaba terminado mientras él gobernaba el resto de los mundos que el creador le había encomendado iluminar? Muchas preguntas surgieron dentro de la astucia de Lucifer. No obstante, algo llamó su atención, y es que atisbó una cosa que lo dejó perplejo mientras seguía su caída hacia las profundidades, ya que observó que dentro de ese mundo había dos entes que habitaban lo que parecía ser un paraíso. Eran creaciones de Dios sin lugar a dudas, pero estos eran muy distintos a las divinidades que vivían en los cielos, ya que eran de tamaño bajo en comparación a los ángeles, andaban desnudos y hablaban una lengua propia. Aquellos

seres caminaban en paz por el edén y parecían estar felices y despreocupados. Lucifer contempló esas creaciones, quienes finalmente serían bautizados por Dios como los Seres Humanos, los cuales tenían un poder que aún desconocían: el libre albedrío y el pensamiento.

Entretanto, la pareja de seres humanos que caminaba por el Edén tenía ciertas diferencias y no se complementaban muy bien. De hecho, el hombre tenía deseos de unirse en carne con su compañera, pero esta no deseaba entregarse a él. La mujer no quería sentirse inferior al hombre y por ello rechazó cualquier intención de su pareja de estar con ella.

—Deseo unirme a ti —dijo Adán— porque quiero que seas mi esposa.

—¿Y por qué habría de acostarme contigo colocándome debajo de ti? — protestó Lilith—. ¿Acaso no salí del polvo, al igual que tú?

—El creador te ha hecho para que seas mi consorte y te unas en carne conmigo.

—Tu postura me ofende demasiado —respondió enojada la mujer.

Entonces, el hombre —que había sido bautizado como Adán— se mostró intransigente en su posición, provocando que Lilith se escapara de su lado, negándose a ser sometida a sus deseos. Él la persiguió, pero ella, furiosa, invocó al creador para que pudiera elevarse por los aires y abandonar a Adán. El hombre se había quedado solo como en el comienzo y sintió aflicción al verse aislado en comparación al resto de los animales.

Lilith, por su parte, escapó por muchos días hasta que llegó a las orillas del mar rojo. Este lugar era muy diferente del hermoso paraíso que había recibido de Dios, ya que era lúgubre y siniestro. Además, se sentía la presencia de entes oscuros y malignos, mismos que tentaron a la joven mujer; ella, sin pensarlo mucho, cayó en un éxtasis de lujuria, y terminó por entregarse a estos viles seres en un pecaminoso placer de lascivia. Su delicia carnal hizo que un sentimiento diabólico surgiera dentro de ella, alejándose de la gloria de Dios y su creación.